

Prácticas de crianza, desarrollo y cuidado del niño en poblaciones rurales e indígenas

Dr. Jose Angel Vera Noriega.

M.C. Claudia Karina Rodríguez Carvajal

Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C.

Resumo

A través de la crianza los sistemas de formación y desarrollo del niño se perfeccionan y cambian ajustándose a las modalidades de pensamientos imperantes en las épocas. Estudiar cómo percibe y ejerce el cuidador su tarea implica el estudio de las condicionantes sociales que determinaran la actitud y conducta de los adultos y a la vez le conforman una visión sobre las relaciones sociales y valoraciones sobre las instituciones y la historia, que constituyen los elementos que subrepticamente cristalizan en el contenido de lo que se transfiere a través de la crianza.

Palavras-chave: Infancia, cuidado, desenvolvimento, rural, indígena.

El estrés de la crianza es un elemento disposicional que establece en las madres niveles diferenciales de actuación en relación con el comportamiento del niño y las expectativas de la crianza. La madre muy estresada es poco tolerante a la frustración, utiliza estrategias de enseñanza de aprendizaje basadas en el castigo, evitación y escape y la mayoría de veces presenta algún trastorno del estado de ánimo.

El estrés de la crianza es estudiado en los modelos de Abidin (1992), Webster-Stratton (1990), como elemento fundamental de explicación del desarrollo del niño y se considera determinado por el apoyo percibido del padre, los recursos y habilidades de la pareja para mantener un estado de equilibrio afectivo y una promoción adecuada del desarrollo del niño.

Existen dos elementos fundamentales asociados al maternaje o paternaje, que son el control y la promoción. El control se refiere a todas aquellas estrategias que la pareja establezca como un sistema guía que permitirá el seguimiento de instrucciones y favorecerá la socialización y el desarrollo cognitivo del niño. La promoción se refiere a aquellos elementos que dirigidos por los padres permitan al niño incrementar la complejidad de su repertorio hacia metas cognitivas y de socialización rela-

cionadas con las expectativas de la crianza.

El modelo de Belsky (1984) supone que existen tres condiciones de los sistemas parentales: bienestar psicológico, soporte y apoyo psicosocial y las características del niño. Supone además que cada uno de ellos puede adoptar una función positiva o negativa y que la probabilidad relativa de funcionamiento de los padres o del cuidador requiere de mantener un buen nivel de bienestar psicológico, estilos de personalidad, apoyo contextual y características del niño. Sin embargo este modelo, es derivado de una visión occidental y urbana del maternaje; de hecho, en condiciones rurales de pobreza extrema uno puede observar padres que tienen una personalidad adecuada con bastante bienestar psicológico y apoyo por parte de la comunidad, con un niño sano y con un temperamento adecuado, pero la probabilidad relativa del funcionamiento del padre es muy baja, considerando que el padre o la madre como cuidador tiene que salir a trabajar al campo y hay pocas condiciones para invertir en recursos materiales para la enseñanza y poco tiempo disponible para desplegar estrategias adecuadas de educación. La premisa de que la probabilidad relativa del funcionamiento de los padres correlaciona con las condiciones de los sistemas parentales no funciona igual en las condiciones rurales de pobreza extrema.

En el modelo de Abidin (1998) el estrés de la crianza tiene una serie de variables llamadas recursos que afectan el estrés o que se relacionan con el estrés, a saber: soporte social, apoyo percibido del padre, habilidades y competencias, recursos materiales y formas de afrontamiento. El rol paterno es influido por variables como la personalidad del cuidador, una variable daño-beneficio: compromiso individual, características de la pareja, estresores vitales, los problemas cotidianos, el trabajo y las características del niño.

En los modelos de estrés de Abidin (1998) y Belsky (1984), el éxito o fracaso de las prácticas de crianza se miden en relación con los procesos de desarrollo psicológico del niño acompañados con su estado de salud física y mental. Las prácticas de estimulación de la madre y las de cuidado de la salud y nutrición lo mismo que las

formas de interacción lúdica, social y lingüística impactan los puntajes en pruebas de desarrollo psicológico. Así pues, una práctica exitosa producía niños exitosos por sus habilidades motoras, lingüísticas y cognitivas. El estrés, lo mismo que el estado de ánimo y la personalidad de la madre son variables mediadoras que facilitan o inhiben las prácticas exitosas de crianza.

La madre tiene tres fuentes de estrés: las características de temperamento del niño; su competencia y habilidad como madre incluyendo su salud y; la percepción subjetiva de apoyo del padre.

Para adentrarnos en el estudio del estrés de la crianza sería importante primero revisar el instrumento con el cual se mide esta característica.

Propiedades psicométricas del Índice de Estrés de la Crianza

El Índice de Estrés de la Crianza desarrollado por Abidin y sus colaboradores Burke y Loyd (BURKE y ABIDIN, 1980; LOYD y ABIDIN, 1985) es una herramienta que provee información acerca de aquellas características de la madre y el hijo que pueden convertirse en una fuente de malestar o estrés y que por tanto contribuyen a la modificación de la conducta materna en el continuo funcional-disfuncional, según lo muestran diversos estudios donde estas variables se han encontrado consistentemente asociadas con patrones de crianza disfuncionales. El inventario se dirige a la evaluación de las percepciones de la madre, ya sea de las características del niño o de la madre misma, incluyendo adicionalmente un listado de eventos que pudiesen constituir una fuente de malestar o estrés situacional que se sumaría al asociado a la crianza.

El instrumento consta de tres partes que se derivan de los resultados del análisis factorial original, donde se encontraron dos factores: características del niño y características de la madre y se incluye adicionalmente el listado de estresores. Sin embargo, un segundo análisis que se llevó a cabo con los datos de la aplicación del inventario en una población hispano hablante en el área de Nueva York arrojó tres factores: uno correspondiente a las características del niño, otro que incluye características de la madre y un tercero donde se ubicaron subescalas de ambos tipos que se asocian a características de la interacción madre-hijo (SOLÍS y ABIDIN, 1991).

De acuerdo con los diversos estudios realizados para conocer las propiedades psicométricas del Índice de estrés de la crianza se observan diferentes resultados en cuanto a la estructura factorial. En el primer análisis para la forma F6 (LOYD y ABIDIN, 1985) se obtuvieron dos factores donde el primero agrupa a las subescalas correspondientes a la dimensión Características del hijo y el segundo las subescalas de la dimensión de la madre; ambos factores explican el 58% de la varianza.

El análisis de Solís y Abidin (1991) con población hispana arrojó tres factores, donde el primero incluyó cinco subescalas del dominio de la madre; el factor dos incluyó cuatro subescalas del dominio del hijo, y el tercer factor incluyó dos subescalas del hijo y dos de la madre, referentes todas ellas a la interacción madre-hijo.

En primer término, el número de sujetos incluidos en las muestras de los dos estudios originales es más grande (de 223 en el estudio con hispanos y 534 en el estudio con angloamericanos). Las poblaciones eran heterogéneas tanto en edades de los niños – desde un mes hasta los 19 años; en el nivel socioeconómico, que iba desde alto hasta bajo, aunque con una mayor proporción en los estratos medios.

Vera, Domínguez, y Peña (1998) trabajaron con una población más homogénea, dado el rango de edad de los niños (de 4.41 a 7.25 años) y las condiciones de vida en la zona rural donde no se observan grandes diferencias, aun cuando algunos niños viven en la zona de riego y otros en la zona de temporal. Por tanto, los resultados, aunque con un menor nivel de generalidad, se ajustan a las necesidades impuestas por la población.

Desde el punto de vista de la validez factorial, la estructura resultante facilitó la diferenciación de las áreas implicadas en el estrés experimentado por la madre, según las características del hijo (por ejemplo, niños normales, niños con problemas de conducta, con déficit de atención con hiperactividad, con diagnóstico de retardo mental, etc.), dado que los factores diferencian entre características que podrían denominarse de alta demanda de atención y control, y características de alta reactividad emocional. En cuanto a los factores de la dimensión de características de la madre, podría facilitar la diferenciación entre madres cuyo estrés está asociado a cambios en la esfera de la interacción social y estado de ánimo (VERA, 1995; 1996), por ejemplo, depresivas - no depresivas, y aquéllas cuyo estrés está asociado a su percepción de competencia y disposición para la crianza (por ejemplo, madres que trabajan - madres de tiempo completo).

Datos similares se encontraron en los resultados de la aplicación del instrumento en una población urbana marginada y en una muestra atendida en un centro para niños con necesidades especiales.

Apoyo percibido del padre y estrés de la madre

En el campo de la psicopatología del desarrollo, las experiencias estresantes que afectan la conducta de los padres y los efectos sobre la conducta del niño han venido estudiándose de manera sistemática (GARMEZY, 1983; GARMEZY, MASTEN y TELLEGEN, 1984). Aunque hay numerosas definiciones del estrés parental, la mayoría incluye la accesibilidad y disponibilidad percibida de recursos (por ejemplo, apoyo a la pareja) para enfrentar las demandas del paternaje (ABIDIN, 1992; WEBSTER-STRATTON, 1990). Las percepciones de los padres hacia la conducta de sus hijos y sus sentimientos de competencia como padres son elementos esenciales en esta definición (MASH y JOHNSTON, 1990). Sin embargo, pocas investigaciones han revisado los efectos del apoyo percibido del padre, sobre las dimensiones de estrés de la madre y su impacto sobre la estimulación que la madre ofrece a su hijo en el hogar y al desarrollo cognitivo-motor.

Abidin (1992) propone que un puntaje alto de estrés de la madre, que podría estar asociada [¿ asociado?] a un niño difícil y la disfunción en la interacción madre-hijo incrementa las posibilidades de un maternaje negativo y autoritario. En consecuencia esto impacta de manera directa la conducta del niño causando problemas de ajuste conductual. Suponemos que el apoyo percibido por el padre afecta el estrés de la crianza en la madre y la estimulación que recibe el preescolar en el hogar. En estas condiciones, los problemas de conducta del niño y los niveles de estimulación relacionados con el estrés de la crianza deberán relacionarse con los puntajes de desarrollo cognitivo-motor.

Existe evidencia que apoya la idea de que el estrés de la madre está vinculado a la pobreza (WEBSTER-STRATTON, 1990) y depresión maternal (GELFAND, TETI y FOX, 1992). La mayoría de la investigación sobre estrés parental se ha enfocado al estudio de consecuencias del estrés bajo circunstancias o eventos como la enfermedad o discapacidad del niño (WEBSTER-STRATTON, 1990). Sin embargo, algunos estudios recientes

han enfatizado la necesidad de estudiar el estrés parental normal (CORNIC y GREENBERG, 1990). Todos los padres enfrentan situaciones de tensión diariamente y sus efectos pueden acumularse y afectar la calidad del maternaje y de la interacción madre-hijo.

Estas situaciones de tensión relacionadas con la vida diaria en padres normales de la zona rural en pobreza extrema fueron interés para Vera (1999) para documentar la relación entre el apoyo percibido por el padre y su impacto sobre el estrés de la crianza de la madre, la estimulación del niño y algunas habilidades atención-memoria en zonas rurales.

El objetivo del autor fue presentar algunos datos que ilustren la relación entre el apoyo percibido por el padre y su impacto concatenado sobre el estrés de la crianza de la madre, la estimulación del niño y algunas habilidades cognitivo-motoras. Ciento quince niños fueron seleccionados del tercer grado de las escuelas preescolares públicas de los municipios al sur del Estado de Sonora que cumplieran los criterios de marginalidad y pobreza más agudos. En resumen, los resultados indican que los puntajes de desarrollo se asocian con los de estimulación. La variabilidad en el puntaje de la prueba de atención y memoria es distinta significativamente para cada uno de las tres categorías o rangos del apoyo percibido del padre y la estimulación del niño en el hogar. El apoyo percibido genera diferencias en la variabilidad de los indicadores de estrés de la madre, fundamentalmente las madres se consideran más aisladas, estresadas y con problema de salud en la medida que perciben menos apoyo del padre. Las madres con mayores niveles de estrés tenían hijos que pertenecían al primer y segundo cuartil de distribución en sus puntuaciones en una prueba de atención y memoria, a menor estrés aumentaban las puntuaciones en la prueba. Se encontró además una relación entre la conducta del padre hacia la madre y el apoyo percibido del padre, esta relación modula el estrés materno y éste vinculado a la observancia de conducta inadecuada afecta el nivel de estimulación que recibe el niño, lo cual se relaciona con los puntajes obtenidos en pruebas de desarrollo.

La percepción de apoyo del padre parece ser un factor fundamental relacionado con el estrés de la madre, en particular con aspectos relacionados con la salud, el estado de ánimo y la conducta social. Estos aspectos tienen que ver con la capacidad responsiva de la madre ante las demandas del niño, por lo cual la estimulación es afectada por el estrés de la madre, a su vez la estimulación se relaciona con el puntaje en pruebas de desarrollo.

Es posible que este fenómeno sea particular a comunidades rurales en pobreza extrema, pero es importante destacar que la actuación de la esposa como madre es dependiente de la percepción de apoyo del esposo. Esta dependencia relacionada con el papel del padre hacia los niños nos habla además del control ejercido sobre las reglas de interacción en la familia.

Debe destacarse que, en un análisis de varianza posterior, Vera (1999), para sostener la hipótesis acerca de relación entre percepción del apoyo del padre y la conducta hacia la madre, mostró que los comportamientos de pareja negativos corresponden a percepciones de apoyo muy bajas ($F= 4.76$; $p=.01$; $3/103$) y viceversa. Esto es, se percibe mayor apoyo en la medida que el padre presenta conducta positiva hacia la pareja (platicar, abrazar, acompañar).

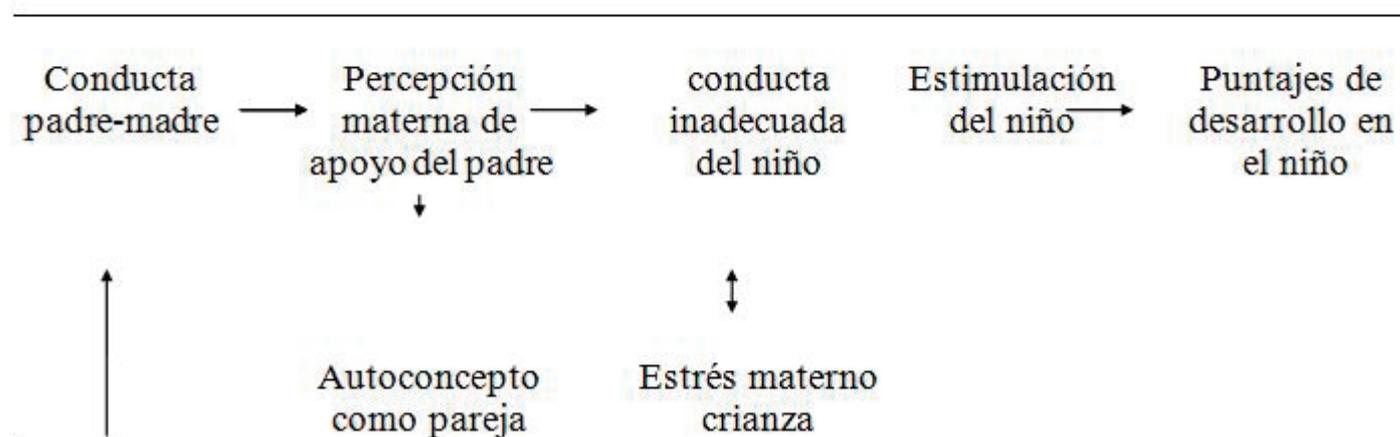
Otro dato que apoya la suposición entre la percepción de apoyo y el trato hacia los hijos fue obtenido comparando madres de alta y baja percepción de apoyo en relación a la forma en que administran el castigo encontrándose que estas últimas la mayoría de las veces golpean mientras las primeras sólo regañan ($t= 1.78$; $p=.07$; $n=61$) pero el castigo físico es aplicado de una forma indiscriminada y pública en las de baja percepción de apoyo ($t= 2.38$; $p= .02$; $m=61$). Con la suposición de que el estrés de la madre, explicado por el apoyo percibido del padre, pudiera tener otra fuente de variabilidad, se llevó a cabo un análisis de varianza de una sola

vía para observar cómo la varianza del autoconcepto como pareja se modifica para diferentes niveles de apoyo de la pareja. Se encontró que la relación es significativa ($F=2.97$; $p= .05$; $n=2/98$) y en los resultados de la prueba “post hoc” se puede corroborar un mejor concepto de la madre como pareja en la medida que el apoyo percibido es alto.

El esquema que se propone a partir de los datos obtenidos implica considerar primero que la conducta del padre hacia su pareja es un factor que modula las percepciones de apoyo. Los niveles percibidos de la madre parecen influir el uso de contingencias a la conducta inadecuada afectando no sólo en frecuencia sino en topografía y condición de castigo. Sin embargo, esto no afecta el manejo de contingencias a la conducta adecuada. Este manejo inadecuado de las contingencias al comportamiento del niño se relaciona con los niveles de estimulación en el hogar, lo cual se enfoca a la evitación de conducta inadecuada y en esta situación el estrés de la madre se incrementa, pues se trata de estar pendiente de que el niño se comporte de manera no adecuada para dar castigo, lo cual genera un estado de incertidumbre asociado a la variabilidad en la probabilidad de respuesta adecuada del niño.

Tabla 5. Esquema propuesto para explicar la relación de apoyo percibido del padre y los efectos de la crianza (VERA, 1999)

Tabla 5. Esquema propuesto para explicar la relación de apoyo percibido del padre y los efectos de la crianza (VERA, 1999)



Estrés de la madre, estimulación y desarrollo del niño

Los procesos de globalización y modernidad en la economía mexicana han venido a promover flujos migratorios del campo a la ciudad, éstos conllevan cambios en el ambiente familiar, las condiciones de vida, los servicios de salud y la actividad laboral. El incremento de las jornadas de trabajo, la incorporación de la mujer a la producción y la migración temporal de los padres rurales y urbanos a lugares geográficamente lejanos ubican a los niños de escasos recursos en un virtual desamparo en términos de tiempo disponible para la promoción y estimulación del desarrollo (VERA, 1998). Documentar el estado actual del desarrollo infantil y las condiciones psicológicas de las madres para el ejercicio de la crianza en las zonas rural y urbana resulta importante si se pretende encontrar las variables asociadas a las diferencias, así también, como elaborar y proponer alternativas de intervención.

Si bien la poca inversión estatal en salud y educación es una parte fundamental para discutir las diferencias entre la zona rural y urbana, la inversión familiar en alimentación, uso del tiempo libre y el modelamiento de conducta hacia el niño por parte de los padres es un medio más para poder discernir las diferencias entre estas zonas.

Son básicos el estudio de los conflictos interpersonales como violencia doméstica, problemas de relación de pareja, estrés de la crianza, el papel del padre como cuidador y los cambios en la conducta del niño al ingresar en la escuela (VERA, 1995). Estos problemas de comportamiento incrementan el uso de estrategias de enseñanza-aprendizaje basadas en el castigo, la evitación y el escape, haciendo más probable el desajuste de la madre para ejercer el control instruccional (VERA et al., 1997a).

La investigación ha evaluado el impacto de la pobreza y el grado socioeconómico sobre numerosos indicadores de funcionamiento cognitivo durante la infancia, pero el más prominente de estos indicadores es el coeficiente intelectual (C.I.) y más recientemente el Peabody Picture Vocabulary Test (PPVT) (DUNCAN, BROOKS y KLEBANOV, 1994; SMITH y O'LEARY, 1995).

Numerosos estudios que han controlado el C.I. de la madre, educación maternal y algunas otras características y conductas de la madre (por ejemplo edad y conducta

durante el embarazo) han reportado efectos significativos de la pobreza sobre las habilidades verbales y cognitivas de los niños (KORENMAN, MILLER y SJAASTAD, 1995; LIAW y BOOKS-GRUNN, 1994). Duncan, Brooks y Klebanov (1994) encontraron que el ingreso de la familia y el estado de pobreza fue un predictor significativo de las puntuaciones en C.I. a los cinco años aún después de controlar educación de la madre, estructura familiar, etnicidad y otras diferencias entre familias de alto y bajo ingreso. Los efectos de las desventajas socioeconómicas sobre el desarrollo cognitivo temprano está medido a través de los niveles de estimulación académica y del lenguaje que tiene lugar en casa. La pobreza y la poca educación de la madre están asociadas con menor estimulación cognitiva en el hogar (VERA, 1999).

En relación al logro académico, los niños pobres ejecutan significativamente más bajo que niños de clase media sobre diversos indicadores de logro académico (HAVE-MAN y WOLFE, 1995). Los estudios anteriores sugieren que una combinación del ingreso, ocupación del padre y educación de la madre, se correlacionan significativamente con logro académico. Déficit en conducta verbal, matemáticas y habilidades de lectura asociados con un estado de pobreza prolongado fueron tres veces más importantes que en un estado de pobreza inmediato.

Por otro lado, Hess, Holloway, Dickson y Price (1984) identificaron algunas variables relacionadas a los factores socioeconómicos y a los de logro escolar, incluyendo interacciones verbales entre madres e hijos, expectativas de los padres, relaciones afectivas positivas entre padres e hijos y estrategias de control y disciplina. Por ejemplo, en un estudio de Korenman, Miller y Sjaastad (1995) encontraron que de una tercera parte a la mitad, las desventajas en conducta verbal y lectura están asociadas a la cantidad de apoyo emocional y estimulación cognitiva en el hogar. Entwisle, Alexander y Olson (1997) presentan evidencia de que los recursos de la familia pueden impactar el desarrollo académico del niño, cuando las escuelas están cerradas y las familias más pobres parecen ser más proclives a promover el desarrollo durante este periodo. Algunas teorías sugieren que el ingreso económico de la familia afecta positivamente los resultados académicos del niño, no tanto por lo que se puede comprar sino más bien por lo que esto representa.

Recientemente se reportaron datos que indican que en el periodo de los años preescolares existe una alta vulnerabilidad al impacto de la pobreza. Paradójicamente es durante este periodo que la familia se encuentra en

crecimiento y ajuste por lo que está en un alto riesgo de ser pobre (BRONFENBRENNER et al., 1996).

La comparación de dos poblaciones de preescolares y las características conductuales de sus respectivas madres permite evaluar las percepciones de las madres, su conducta y su personalidad, así como también las habilidades cognoscitivas, las habilidades motoras y de memoria en los niños. Esto finalmente es con el objeto de ofrecer algún indicio que sirva para explicar las diferencias en poblaciones rurales y urbanas.

Los datos obtenidos recientemente (VERA, 1998) indican una diferencia significativa en los puntajes de respuestas correctas para las comparaciones entre niños de zona rural y urbana, estos hallazgos evidencian ventaja en aprovechamiento escolar para los niños urbanos, lo cual ha servido para justificar el proceso de inversión y desarrollo de las urbes. El mecanismo que subyace a la diferencia entre estas condiciones, es conocido parcialmente. Así pues se relaciona con la permanencia y consistencia de los maestros en la colonia o barrio, la posibilidad de asistir a capacitación constante, la posibilidad y uso de materiales didácticos, los niveles de organización y recursos de la escuela; además, cabe mencionar que las experiencias novedosas y la interacción social con grupos más heterogéneos en la zona urbana permiten al niño una más variada relación con el ambiente.

Estos mismos datos (VERA, 1998) muestran que las madres de la zona rural obtienen puntajes de estimulación del niño en el hogar (CALDWELL y BRADLEY, 1968) significativamente más altos que los de la zona urbana. La dedicación de las madres de la zona rural para niños de 3 a 5 años de edad antes de ingresar a preescolar establece diferencias en los puntajes de desarrollo del niño. Esta diferencia en la estimulación a favor de los niños de la zona rural seguramente sufre cambios al ingresar el niño a preescolar. No sólo por el ajuste al entorno de la escuela, sino porque de 5 a cerca de los 7 años el desarrollo verbal y cognitivo del niño le permite iniciar acciones de independencia en el barrio o en la comunidad. Este momento es fundamental de estudiar porque el ajuste al nuevo entorno y los niveles de socialización con los pares establecen condiciones radicalmente diferentes en la madre que cría. Los pares en la escuela y la vecindad controlan ahora también la conducta del niño y promueven expectativas y valores. El estrés materno, la estimulación y otros factores relacionados con la madre se modifican en este momento.

Una consideración que es fundamental para iniciar esta

discusión se refiere a que en lo psicológico la pobreza no es importante en términos de lo que se pueda comparar, o tener, sino en relación a la manera en que impacta el bienestar social sobre la orientación al logro, el autoconcepto y en general los criterios de valor asumidos sobre la percepción de sí mismo y de los demás.

Entendido de esta manera, no es la situacionalidad geográfica rural-urbana la variable sino el contexto en el que se estudia más que la pobreza, la marginalidad, pues las familias que hemos estudiado en el estado de Sonora no sólo captan ingresos insuficientes para la alimentación y la vivienda sino que además carecen de servicios de salud, culturales y educativos que puedan considerarse de calidad. Vivir al margen significa recolectar alimentos en el campo, construir casas con barro y árboles, no contar con drenaje, agua potable; en ocasiones no hay luz y escasean los medios de transporte y comunicación masiva.

La marginalidad impacta de manera diferente las variables estudiadas: el estrés aumenta en las subescalas de la dimensión de la madre en la medida que aumenta la industrialización y disminuye al acercarse al campo, mientras que las velocidades y ejecuciones correctas de respuesta mejoran al aumentar el nivel de urbanización. La estimulación mejora en la zona rural pero con un límite impuesto por los niveles de pobreza. Podemos suponer un proceso interactivo entre la autopercepción que impone la marginalidad y el nivel educativo de la madre, no solo pensando en la escolaridad sino en la socialización. En comunidades muy pobres, la educación puede promover cambios positivos en las expectativas, autoconcepto y locus de control que permitan a la madre imprimir al desarrollo del niño una visión más optimista en donde los objetivos de la crianza se enfocan más a la formación que al control (VERA et al. 1997a).

En un estudio (VERA, GARCÍA y VELASCO, 1997b) en donde se compararon dos zonas rurales, una con agricultura de temporal y otra con tecnología de riego, se pudo observar que, aún cuando las familias captan un nivel de ingresos que son insuficientes para una dieta adecuada, las familias de la zona de riego tenían drenaje, luz, agua, transporte y recibían señal de radio y televisión. Lo anterior hacía una diferencia en la conceptualización del papel de la madre como criadora y se cristaliza en los datos obtenidos.

Se encontró que las diferencias en estimulación y estado psicológico de la madre tenía ventajas que repercuten en la estimulación del niño y esto mejora sus indicadores de desarrollo. Así pues, una vez cumplidas las necesida-

des mínimas de alimentación y vivienda, la madre se conceptualiza como más capaz, y emprendedora, maneja una diversidad de alternativas para estimular la dieta, salud, desarrollo, es más exploratoria, tiene mayor orientación y es más analítica en su toma de decisiones.

En una investigación referida anteriormente (Vera, 1998) se encontró que las familias de niños de 0 a 5 años en la zona rural estimulaban significativamente más a sus hijos que las familias de la zona urbana. Este dato no es contradictorio con el actual si consideramos que la población rural de este estudio se encuentra en pobreza extrema, mientras la del estudio anterior era población rural en desarrollo y en nivel social era mucho mejor que el actual. Por otro lado, la edad de los niños en el presente estudio es de los 5 a los 6, mientras que el estudio anterior fue con niños de 0 a 5 años.

Así pues, las diferencias en el desarrollo del niño y su estimulación están vinculadas no sólo a los niveles de desarrollo económico y social de las comunidades, sino también a la edad de los niños. Cuando los niños ingresan a la escuela, en la zona rural se desvanece el control familiar hacia uno sustentado por la comunidad, mientras en la zona urbana el control se vuelve más importante para evitar las malas compañías.

El estrés de la crianza como percepción de la madre está muy relacionado con los niveles de pobreza. La falta de recursos para alimentación y vivienda opone serias restricciones a la socialización de la madre, quien ocupa más tiempo en la obtención y preparación de alimentos, restringiendo su oportunidad de contacto con el niño y con otras personas. La pobreza permanente en la que se vive en la zona rural opone además un efecto de desamparo aprendido, lo cual establece en las personas una mínima orientación al logro. Aún cuando esta visión del mundo es muy clara y ajustiva al medio tan restrictivo y de difícil sobrevivencia, los instrumentos para medir estrés y depresión detectan a estas personas como en riesgo por los altos puntajes obtenidos. En la zona urbana, siempre existe la posibilidad de las ayudas del gobierno, de los clubes, de las no gubernamentales. Difícilmente estas madres de la zona urbana tienen largas jornadas en el monte para obtener alimentos y leña. Aunque en la actualidad en estas familias la madre incursiona en el campo de maquiladora o afanadora, esto sólo ocurre en la zona urbana de Sonora con madres cabeza de familia.

La evidencia presentada en este artículo y en los otros dos ya mencionados (VERA, GARCÍA y VELASCO, 1997; VERA, 1998) sirven para apoyar la conclusión que el ingreso familiar puede influir sustancialmente el de-

sarrollo del niño de manera directa a través de las necesidades nutricionales y de salud no cumplidas, y de manera indirecta conjugado con una madre poco perceptiva de las necesidades del niño, bajo una posición de desamparo social e individual que agrega una posición fatalista a una orientación al logro muy precaria y disminuida.

El tiempo en el que la pobreza extrema a través de su privación afecta al niño es particularmente importante durante la infancia y los años preescolares, pues la ausencia de una dieta y estimulación adecuada se relaciona con bajos niveles de ejecución académica durante los años escolares en primaria y secundaria (DUNCAN, BROOKS-GUNN y KLEBANOV, 1994). Además una educación de muy baja calidad viene asociada a comunidades en pobreza extrema exacerbando este efecto (ALEXANDER y ENTWISLE, 1998).

Alimentación, nutrición y desarrollo

En las últimas dos décadas ha aumentado el interés por dar respuestas consistentes y convincentes al problema de la relación entre desnutrición infantil y retardo en el desarrollo en comunidades con pobreza extrema (CHÁVEZ, 1974; KLEIN, 1979; CRAVIOTO y ARRIETA, 1986).

En comunidades sin pobreza extrema, la desnutrición no es un problema de disponibilidad y acceso a alimentos, como sucede con los niños de África y algunos lugares de Asia, sino más bien se trata de hábitos, costumbres y tradiciones en las que concurren una buena cantidad de variables de tipo conductual y social (KLEIN, 1979). Estas variables están implicadas en la adquisición y mantenimiento de dietas monótonas, consumo de alimentos "chatarra", distribución intrafamiliar de alimentos, distribución del gasto, selección de alimentos, etc. En las condiciones actuales es imposible separar el efecto de la desnutrición de los problemas de desarrollo infantil, alimentación, creencias sobre el crecimiento y desarrollo del niño, número de hijos y orden de los nacimientos (MEDNICK et al., 1984), hacinamiento y vivienda (CHÁVEZ et al., 1971) entre otros.

Es posible que las variables relacionadas con problemas de nutrición y desarrollo actúen de manera diferencial entre niños de zonas rurales y urbanas. Resulta útil si comparamos familias de niños que hayan migrado recientemente a la ciudad con familias en condiciones so-

cioeconómicas semejantes que viven en la zona rural. Existe evidencia de que la mayoría de los inmigrantes de la zona rural a la urbana consideran que han mejorado bastante desde su llegada. Estos mismos inmigrantes son más optimistas sobre las mejorías futuras en sus condiciones de vida y consideran que su situación presente es muy superior a la de quienes residen actualmente en su lugar de origen y a la que hubiera sido su propia situación si hubieran permanecido allí (URQUIDI y MORELOS, 1979). Existen diferentes tipos de migrantes, y por lo tanto de migraciones, hecho que por sí mismo dificulta el análisis de la migración. Los motivos para emigrar también difieren ampliamente. La migración de la zona serrana Centro-Oriente del Estado de Sonora a la capital no constituye un fenómeno masivo, sino selectivo, encontrándose que existen factores que influyen sobre la decisión de emigrar, destacando los contactos rural-urbanos, familiares, nivel de educación y destrezas, principalmente.

Se ha dedicado buena parte de esfuerzos investigativos a la discusión de aspectos económicos-sociales, aunque existe poca evidencia del efecto de la migración sobre el desarrollo del niño. No obstante tal limitación, los esfuerzos se han encaminado a promover estudios que se han interesado sobre la identificación de tipo de actitudes, conductas de planeación y expectativas de éxito del jefe de la familia antes, durante y después de emigrar (MUÑOZ y OLIVEIRA, 1976).

El interés de investigación siguiendo la línea de trabajo sugerida por Klein, Lester, Yarbrough y Habitch (1972) y Galer y Ramsey (1984) se centró en la obtención de datos que permitieran el estudio de las condiciones nutricionales y de desarrollo de niños de zonas marginadas urbanas y rurales a fin de establecer las pruebas comparativas y correlativas entre ellos. Fue nuestro interés, por un lado, evaluar la relación que existe entre nutrición y contexto social, y por otro lado, estudiar el desarrollo psicológico y la estimulación familiar en niños de bajos recursos en comunidades marginadas rurales y urbanas sin pobreza extrema (VERA et al., 1993; VERA y ALTAMIRANO, 1992)

Considerando lo anterior, y con el fin de utilizar un enfoque distinto, Vera (1998) comparó en forma retrospectiva dos grupos de preescolares de bajos recursos que fueron agrupados con base a su ubicación urbana y rural. El objetivo del estudio fue llevar a cabo un análisis comparativo del estado de algunos indicadores psicológicos, nutricionales y socioeconómicos de niños preescolares de zonas marginadas urbanas y rurales.

Tratando de integrar la información obtenida podemos en general indicar lo siguiente: a) La mayoría de los 55 niños evaluados en la zona urbana pertenecían a familias de reciente migración rural, ubicados en la periferia o cinturones de la ciudad. Con base a los datos obtenidos y hablando en términos de condiciones para el desarrollo del niño, los factores psicosociales no parecen favorecer al niño en condiciones urbanas pues no se observan mejorías en el ingreso, en el espacio de la vivienda, el tiempo y la calidad de la interacción con el niño.

En estudios siguientes, con el objeto de caracterizar grupos focales de atención para la prevención de problemas de conducta y desarrollo en el futuro adolescente, deberá evaluarse el tiempo de migración, tiempo disponible de la madre para promoción del desarrollo y redes de apoyo psicosocial. Lo que permitirá acercarnos a una tipología que nos permita identificar familias de riesgo al momento de migrar.

Aún cuando puede resultar fácil suponer una serie de variables relacionadas con las diferencias, lo cierto es que las más importantes se refieren a la estimulación que proporcionan las madres a sus hijos. Estudios posteriores tendrán que enfrentar la necesidad de analizar el efecto del estrés de las madres y sus mecanismos de afrontamiento al cambio de ecología y sus efectos sobre la promoción del desarrollo. Por otro lado, se requiere observar el proceso de cambio de estas diferencias durante el proceso de ajuste de la madre a las condiciones que le resultan novedosas.

Poco podemos decir acerca de la diferencia encontrada en peso para la talla y peso para la edad comparando los dos grupos de niños; como se llevó a cabo una descripción transversal de algunos rasgos, no contamos con datos que nos permitan explicar a qué se debe que los niños al ser trasladados a la zona urbana presentan problemas de peso. Las diferencias significativas en el nivel de ingreso por sí solas no pueden explicar las diferencias de peso.

Sin embargo, el panorama general de la comparación a través de este método permite presentar el estado del niño y a su vez pueden plantearse algunas preguntas para la obtención de datos relacionados con las causas asociadas a las diferencias.

Conclusión

A través de la crianza los sistemas de formación y desarrollo del niño se perfeccionan y cambian ajustándose a las modalidades de pensamientos imperantes en las épocas. La racionalidad no es un hecho fortuito sino más bien sistemático ordenado y variable que se adquiere y evoluciona bajo el cobijo de una sociedad. Esta última se protege y perfecciona a través de la crianza como un sistema de regulación que va dictando el tipo de humano que la sociedad reclama para su reproducción y su desarrollo.

El conceptualizar la crianza como un mecanismo de control y cambio de las estructuras sociales y como fuente de explicación de patrones de conducta nos permite una visión holística del estudio científico de las prácticas de crianza desde una perspectiva psicosocial, lo cual implica: a) que el análisis de las interacciones de conducta entre la madre-niño es insuficiente en la determinación de los elementos asociados al cuidado; b) que el estudio de las creencias, percepciones, actitudes y los constructos relacionados con la interacción madre-hijo es complementario a los conductuales y; c) la estructura valorativa de los grupos y sociedades asociada al comportamiento social desde un punto de vista etnopsicológico es un componente fundamental de una explicación psicosocial del episodio.

Más que reducir el concepto de crianza al de cuidado del niño es menester darle a este último una configuración más amplia. El cuidado entendido como custodia, esto es, como actividad para mantener en vida a los niños, debe modificarse por un planteamiento holístico que involucra el desarrollo potencial de sus posibilidades de pensamiento sociales y motoras. De esta forma el concepto de cuidado va más allá del de crianza abordando la suposición de que criar se refiere al análisis de la madre o tutor con el niño acerca de su desarrollo psicológico y social, sino que involucra también su salud y nutrición.

Estudiar cómo percibe y ejercita el cuidador su tarea implica el estudio de las condicionantes sociales que determinaran la actitud y conducta de los adultos y a la vez le conforman una visión sobre las relaciones sociales y valoraciones sobre las instituciones y la historia, que constituyen los elementos que subrepticamente cristalizan en el contenido de lo que se transfiere a través de la crianza.

Lo psicológico como conducta de los cuidadores en interacción con el niño puede ser explicado en términos de las posibilidades de respuesta que un contexto social

permite, pero no determina los aspectos específicos de la interacción, pues el desarrollo de la individualidad responde además a un conjunto numeroso y complejo de factores próximos que modulan su efecto sobre la conducta a través del entorno social.

Cuando hablamos de promoción del desarrollo del niño nos referimos a las expectativas y metas de la crianza para la madre. Esto es, todas las estrategias disciplinarias para educar al niño tienen para la madre un objetivo común. Estas premisas del comportamiento futuro, en términos de lo que la madre espera de su hijo, moldean y dirigen el comportamiento actual de la madre. Así pues, las características de personalidad y las estimaciones de riesgo, conjuntamente al temperamento del niño, proveen condiciones de la relación de la diada y la determinación de expectativas a corto, mediano y largo plazo. Son las características del medio contacto cultural con todas sus reglas y condiciones las que hacen más o menos probable una expectativa.

El control, si bien depende de las expectativas maternas, se refiere al uso de consecuencias sobre conducta presente con el objeto de enseñar hacer al niño y ofrecer consecuencias a las acciones. En la medida en que las reglas que guían el comportamiento del niño son las que la madre desea, su estrategia de enseñanza se hace más probable. Así pues en la promoción la madre busca establecer estilos de conducta que sean útiles con la expectativa materna acerca del comportamiento futuro del niño. En el control, la madre establece habilidades instrumentales, acciones y conductas que hacen más probables competencias actuales.

Necesitamos incrementar nuestro conocimiento acerca del papel de los padres como educadores, como una guía para el desarrollo de los programas de educación a padres. No se han estudiado mucho las características de los padres que promueven el desarrollo de competencias en el niño. El estudio de los valores, creencias y conductas de los padres contribuyen a la ejecución de objetivos y metas explícitas que el padre persigue con su educación.

Los valores y creencias de los padres están fuertemente articulados a las competencias y habilidades del adulto, incluyendo su competencia como educadores de sus hijos. Cambios en creencias traen consigo cambios en conducta (KRIETLER y KRIETLER, 1976).

Kohn (1963) ha presentado evidencia en la cual se puede observar que los valores de los padres acerca de la amabilidad y obediencia contrastan con la curiosidad, inicia-

tiva y valores de autodirectividad de los niños. La relación entre obediencia y dependencia tiene que ver con cambios en los valores de los padres acerca de lo que el niño tiene que hacer como meta (ALWIN, 1984). Ambas, las creencias y valores de los padres se asocian de manera significativa con los puntajes en pruebas de inteligencia del niño, lo mismo que con sus competencias académicas (SCHAEFER y EDGERTON, 1985).

Uno de los elementos que se menciona en la bibliografía es que las creencias y valores de los padres están relacionados con medidas del estilo de autoridad y las estrategias enseñanza-aprendizaje (VERA, 1995). La investigación sobre creencias relacionadas con el cuidado del niño identifica la dimensión de autoritarismo que implica la deificación de los padres, exclusión de experiencias externas, intrusividad y técnicas de control negativo (SCHAEFER, 1991). Los estilos de autoridad se constituyen en valores de los padres que manejan valores de obediencia como una meta del desarrollo del niño; esta relación aumenta con la educación de la madre y el ingreso familiar (SPARLING y LOWMAN, 1983). Esta relación tiene una implicación directa; aquellos que son empleados y obreros con supervisor o patrón tienden a ser los de menor educación e ingresos, y conjuntamente la obediencia es una conducta ajustiva y reforzada en el entorno cotidiano del padre y se trata de establecer en los hijos, una vez que se maneja como un valor en el sistema de creencias del padre (KOHN, 1969). Esto coincide con una segunda teoría en la cual los patrones de crianza reflejan el interés de los padres por la sobrevivencia (LEVINE, 1974). En comunidades con economías agrícolas, los antropólogos han observado que la obediencia es un valor que rige el trato de los padres hacia los niños. En aquellas comunidades en las cuales las tasas de mortalidad son bajas y se cuenta con recursos de alimentación y subsistencia, los padres están preocupados por el futuro económico de automantenimiento de los hijos (LANGMAN, 1973; MUNROE y MUNROE, 1972). En este contexto, los niños ayudan a satisfacer las necesidades afectivas, proveen de amor y compañía a los padres y refuerzan el matrimonio (HOFFMAN y HOFFMAN, 1973).

Referencias

- ABIDIN, R. The determinants of parenting behavior. *Journal of Clinical Child Psychology*, v. 21, n. 4, p. 407-412, 1992.
- ABIDIN, R.; JENKINS, C.; McGAUGHEY, M. The relationship of early family variables to children subsequent behavioral adjustment. *Journal of Clinical Child Psychology*, v. 21, n. 1, p. 60-69, 1992.
- ALEXANDER, K. L.; ENTWISLE, D. R. Achievement in the first 2 years of school: patterns and processes. *Monographs of the Society for Research in Child Development*. 53, 2, p. 1-153, 1998.
- ALWIN, D. Trends in parental socialization values: Detroit, 1958-1983. *The American Journal of Sociology*, v. 90, n. 2, p. 359-382, Sep. 1984.
- BURKE, W.; ABIDIN, R. Parenting Stress Index (PSI): A family system assessment approach. In: ABIDIN, R. *Parent Education and Intervention Handbook*. Springfield, Ill.: Thomas, 1980.
- BRONFENBRENNER, U.; McCLELLAND, P.; WERHINGTON, E.; MOEN, P.; CECI, S. *The state of Americans: This generation and the next*. New York: Free Press, 1996.
- CADWELL, B.; BRADLEY, R. *Home observations for measurement observations in families of infants, toddlers and preschoolers*. Little Rock, Ark.: The University of Arkansas, 1968.
- CHÁVEZ, A. Algunos aspectos ecológicos de la desnutrición. *Gac. Med.*, México, 107, p. 274-280, 1974.
- CORNIC, K. A.; GREENBERG, M. Minor parenting stresses with young children. *Child Development*, 61, p. 1628-1637, 1990.
- CRAVIOTO, J.; ARRIETA. *Nutrición, desarrollo mental y conducta y aprendizaje*. México: DIF-UNICEF, 1986.
- DUNCAN, G. J.; BROOKS-GUNN, J.; KLEBANOV, P. K. Economic deprivation and early-childhood development. *Child Development*, v. 65, n. 2, p. 296-318, 1994.
- ENTWISLE, D. R.; ALEXANDER, K.; OLSON, L. *Children, schools, and inequality*. Boulder, CO: Westview Press, 1997.
- GARMEZY, N. Stressors of childhood. In: GARMEZY, N.; RUTTER, M. (Eds.). *Stress, coping and development*. New York: McGraw-Hill, 1983. p. 43-84.
- GARMEZY, N.; MASTEN, A. S.; TELLEGEN, A. The study of stress and competence in children: a building block for development psychopathology. *Child Development*

ment, 55, p. 97-111, 1984.

GELFAND, D. M.; TETI, D. M.; FOX, C. R. Sources of parenting stress for depressed and non-depressed mothers of infants. *Journal of Clinical Child Psychology*, 21, p. 262-272, 1992.

HAVEMAN, R.; WOLFE, B. The determinants of children's attainments: A review of methods and findings. *Journal of Economic Literature*, v. 33, n. 4, p. 1829-1878, Dec. 1995.

HESS, R.; HOLLOWAY, S.; DICKSON, W.; PRICE, G. Maternal variables as predictors of children's school readiness and later achievement in vocabulary and mathematics in sixth grade. *Child Development*, v. 55, n. 5, p. 1902-1912, Oct. 1984.

KLEIN, R. Malnutrition and human behavior: backward glance on going longitudinal study. In: LEVITSKY, D. (Ed.). *Malnutrition environment and behavior*. Ithaca N.Y. Cornell, University Press, 1979, p. 219-237.

KLEIN, R. E.; LESTER, B. M.; YARBROUGH, C.; HABITCH, J. P. On malnutrition and development: some preliminary findings. In: *Proceedings of the IX International Congress of Nutrition*. Mexico, 1972.

HOFFMAN, L. W.; HOFFMAN, M. L. The value children to parents. In: FAWCETT, *Psychological perspectives on fertility*. New York: Basic Books, 1973.

KOHN, M. L. Social class and parent-child relationships: an interpretation. *American Journal of Sociology*, v. 68, p. 471-480, 1963.

_____. *Class and conformity: A study in values*. Homewood, Illinois: Dorsey Press, 1969.

KORENMAN, S.; MILLER, J.; SJAASTAD, J. Long-term poverty and child development in the United States: Results from the NLSY. *Children and Youth Services Review*, 1995.

KRIETLER, H.; KRIETLER, S. *Cognitive orientation and behavior*. New York: Springer, 1976.

LANGMAN, L. Economic practices and socialization in three societies: Paper presented at the meeting of the American Sociological Association. New York, August 1973.

LEVINE, R. A. Parental goals: A cross-cultural view. *Teachers College Record*, v. 74, n. 2, p. 226-239, 1974.

LIAW, F.; BOOKS-GRUNN, J. Cumulative familial risks and low-birthweight children's cognitive and behavioral development. *Journal of Clinical Child Psychology*, 23, p. 360-372, 1994.

LOYD, B.; ABIDIN, R. Revision of the Parenting Stress Index. *Journal of Pediatric Psychology*, v. 10, n. 2, p. 169-177, 1985.

MASH, E. J.; JOHNSTON, C. Determinants of parenting stress: illustrations from families of hyperactive children and families of physically abused children. Special issue: The stresses of parenting. *Journal of Clinical Child Psychology*, 19, p. 313-328, 1990.

MEDNICK, B. R.; FINELLO, K. M.; BAKER, R. L.; MEDNICK, S. A. Psychosocial aspects of growth. In: BORNE, S.; SEND, A.; HEBLELMECK, M.; SUSANNE, C. (Eds.). *Human growth and development*. New York: Plenum Press, 1984. p. 657-674.

MUÑOZ, H.; OLIVEIRA, O. Migración, oportunidades de empleo y diferencias de ingreso en la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, v. 38, n. 1, p. 51-83, jan.-mar. 1976.

MUNROE, R. H.; MUNROE, R. L. Obedience among children in an East African Society. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, v. 3, p. 395-399, 1972.

SCHAEFER, E. S. Goals for parent and future-parent education: research on parental beliefs and behavior. *The Elementary School Journal*, v. 91, n. 3, p. 339-247, 1991.

SCHAEFER, E. S.; EDGERTON, M. Parent and child correlates of parental modernity. In: SIGEL, I. E. (Ed.). *Parental belief systems: The psychological consequences for children*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum, 1985. p. 287-318.

SMITH, A. M.; O'LEARY, S. G. Attributions and arousal as predictors of maternal discipline. *Cognitive Therapy and Research*, 19, p. 345-357, 1995.

SOLIS, M.; ABIDIN, R. The Spanish version of Parenting Stress Index: A psychometric study. *Journal of Clinical Child Psychology*, v. 20, n. 4, p. 372-378, 1991.

SPARLING, J.; LOWMAN, B. Parent information needs as revealed through interests, problems, attitudes and preferences. In: HASKINS, R.; ADAMS, D. (Eds.). *Parent education and public policy*. Norwood, NJ: Ablex, 1983. p. 304-323.

URQUIDI, V.; MORELOS, J. *Crecimiento de la población y*

cambio agrario. México: El Colegio de México, 1979. 391 p.

VERA, J. A.; ALTAMIRANO-CHENO, F. X. Análisis evaluativo de las intervenciones de tipo masivo para diarreas en zonas rurales: un estudio exploratorio. *Salud y Sociedad*, v. 1, n. 1, p. 9-21, 1992.

VERA, J. A.; DOMÍNGUEZ-IBÁÑEZ, S. E.; MORENO, J.; SANDOVAL, R.; LABORÍN, J. Estrategia del monitoreo e implementación de métodos correctivos sobre crecimiento y desarrollo del niño en zonas rurales en Sonora, México. *Archivos Latinoamericanos de Nutrición*, v. 42, n. 4, 1993.

VERA, J. A. Características psicométricas de una escala de autoritarismo para mujeres de la zona rural. XXV Congreso Interamericano de Psicología. San Juan, Puerto Rico, jul. 1995.

_____. Síntomas de depresión en mujeres de una población rural. In: *La psicología social en México*. México: AMEPSO, 1996. v. 6. En prensa.

VERA, J.; MONTIEL, M.; SERRANO, E.; VELASCO, F. Objetivos de la crianza, desarrollo, estimulación y sistemas de enseñanzas. *Psicología y Salud*, 10, p. 27-35, 1997a.

VERA, J. A.; GARCÍA-SÁNCHEZ, M. J.; VELASCO-ARELLANES, F. J. Comparación del crecimiento y desarrollo infantil en comunidades con y sin economía agrícola de riego. In: *Familia ¿célula social?* Jiménez-Guillen, R. Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1997b.

VERA, J. A. Indicadores psicosociales y de salud de niños preescolares de una zona urbana y rural en Sonora, México. *Revista del SESAM*, v. 2, n. 1, p. 9-12, 1998.

_____. Relación de pareja y desarrollo del niño. *Revista Sonorense de Psicología*, 9, p. 24-34, 1995.

VERA, J.; DOMÍNGUEZ, S.; PEÑA, M. La estimulación del niño en el hogar: una comparación por edad, género y condición de riego. In: PALACIOS, M.; ROMÁN, R.; VERA, J. (eds.). *La modernización contradictoria: desarrollo humano, salud y ambiente en México*. Sonora, México: CIAD, 1998. p. 442-459.

VERA, J. A. Un estudio psicosocial de los estilos maternos y el cuidado del niño en la zona rural. *Revista de Estudios Sociales*, v. 10, n. 17, p. 97-126, 1999.

WEBSTER-STRATTON, C. Stress: a potential disruptor of parent perceptions and family interactions. *Journal of Clinical Child Psychopathology*, 19, p. 302-312, 1990.